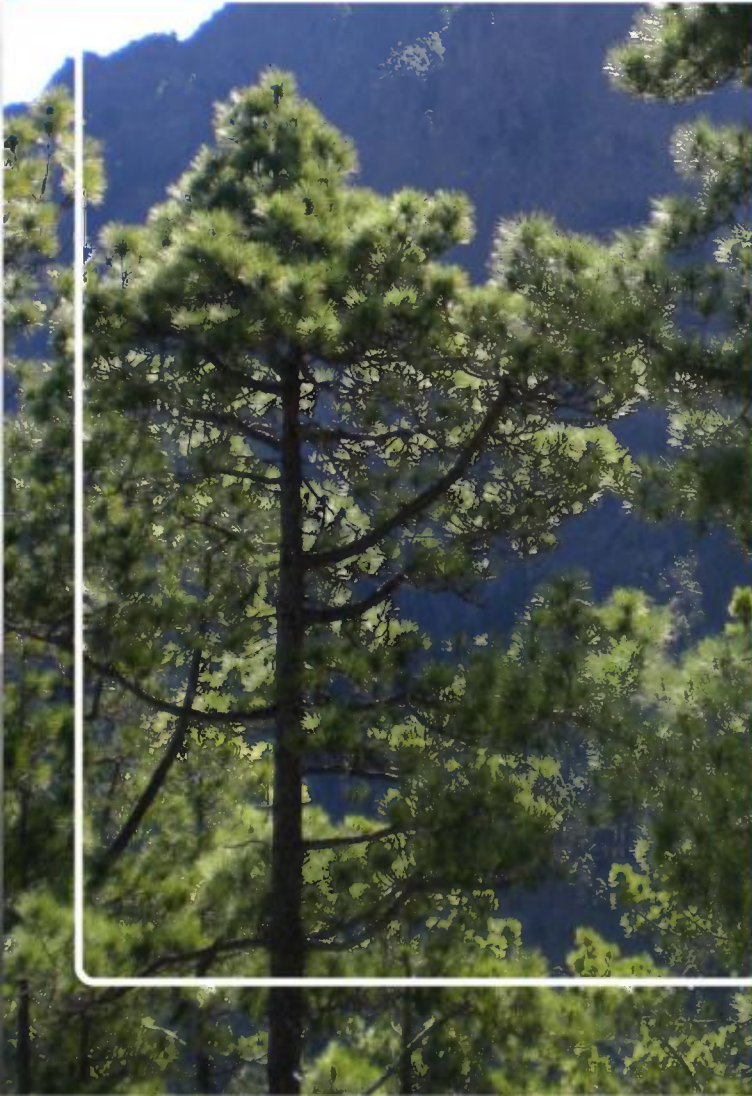


Ángel Sosa Ortega

Nueve islas,
Nueve ensueños



Relatos y Fotografías: Ángel Sosa Ortega
legna.asos@gmail.com

Ilustraciones: Luís Naranjo Sosa

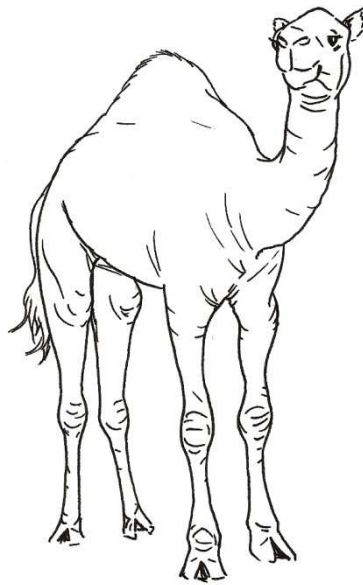
Maquetación: Iván Peralta
vanitaperal@gmail.com

Impreso en: Gráficas Doramas, S.L.
gdoramas@graficasdoramas.com

Las Palmas de G.C., Abril de 2.011

INDICE

PRÓLOGO	1
RELATO 1.- El Lagarto	3
RELATO 2.- Las Grajas	21
RELATO 3.- La Paloma.....	41
RELATO 4.- La Alpiska.....	55
RELATO 5.- Los Guirres.....	69
RELATO 6.- El Camello	86
RELATO 7.- Lobos	105
RELATO 8.- Los Cangrejos.....	119
RELATO 9.- Las Paredas.....	135
EPÍLOGO	149



Relato 6.- El Camello

Cosme Aguiar tiró la colilla con aire distraído. Había bajado del barco que le trajo de Isla Grande y aunque parecía encontrarse fuera de lugar no mostraba preocupación. Era joven y en su cara algo pálida se marcaba un deje de determinación. Iba bien trajeado, diría yo que con el traje de fiestas o de entierros, los zapatos lustrosos aunque algo sucios por la tierra del muelle, el pelo bien peinado mantenido con fijador, y una corbata gris marengo que resaltaba sobre su camisa blanca. Traía una maleta no muy grande lo que daba a pensar que su estancia en la isla no iba a ser de muchos días. El barco había llegado a la hora prevista y el viajero parecía buscar a alguien que no había venido a recogerle.

Tras un rato de paciente espera encaminó sus pasos hacia el único bar que vio en las inmediaciones y que abría su puerta hacia la carretera adoquinada que unía el muelle con las pequeñas casas de Puerto de Cabras. Separó en dos la cortina de abalorios que le cerraba el paso, y que colgaba del marco de la puerta para impedir la entrada de las moscas. Una vez dentro del pequeño local y acostumbrado ya a la penumbra de éste, que contrastaba con el intenso solajero de la calle, el viajero pensó que la cortina no debía servir de mucho, puesto que en el mostrador y en las mesas las moscas parecían dormir de forma apacible libres del calor de la mañana.

Se sentó Cosme a una de las mesas. Mientras esperaba la llegada de alguien que le atendiera recorrió con su mirada los anaqueles de madera vieja de detrás del mostrador y las restantes paredes vacías, y sus ojos terminaron deteniéndose en el hilo de la luz que sostenía una pequeña bombilla (de pocas bujías, pensó) y en una ristra de banderitas de papel, ya ajadas por el paso de los años, que iba de un lado al otro de la habitación. Como recreándose paseó su

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

mirada por el conjunto formado por el hilo y la llave de la luz, la bombilla y las banderas preguntándose cuantos millones de cagadas habrían depositado las moscas sobre todas ellas.

Al poco rato, como cansado de mirar al techo, giró su cabeza hacia la ventana cercana. El cristal sucio le impedía ver bien pero así y todo pudo apreciar el trajín del muelle. Pasaban carromatos tirados por acémilas desnutridas, camionetas que parecían estar hechas de verguillas, y camellos parsimoniosos cargados de sacos. Los hombres en el muelle descargaban los bultos, y por la pasarela los subían para que en el barco fueran estibados en las bodegas. Era un trabajo arduo y pesado y el sudor pegajoso del día veraniego quedaba marcado en las camisas de los porteadores.

Trabajaban silenciosos. Cada hombre atento a sus propios pensamientos, pensó Cosme Aguiar, que cavilaba con los suyos. ¿A dónde había ido a parar la ilusión de todos?

¿Por qué no cantaban para que el trabajo les fuera más llevadero? Seguramente, se dijo, la culpa la tiene la guerra que ha desbaratado la vida de tantos: de los que murieron porque murieron, y de los sobrevivientes porque han de seguir enterrando a sus muertos.



Estaba el joven tan abstraído en tales conjeturas que no oyó que el dueño del bar le preguntó que deseaba. La siguiente vez, la pregunta, -¿Qué va a tomar, caballero?- le llegó como de ultratumba, y sobresaltado se limitó a pedir un café aunque aun no había desayunado. El café, o más bien la achicoria, le supo como un brebaje amargo y frío que le revolvió el estómago. Pero azorado, como cogido en falta, ni siquiera hizo un comentario al respecto.

La campana de la cercana iglesia del Rosario iba dando las horas. Próximo al mediodía, la sirena del barco de pasaje lanzó al aire su mensaje quejumbroso pidiendo práctico para desatracar. Unos parroquianos entraron en el bar dispuestos a tomarse unas cervezas y sus conversaciones atrajeron la atención del forastero. Hablaban del calor intenso de aquellos días, de las malas cosechas y de la sequía pertinaz que padecía la isla en los últimos años. En las gavias no había entrado ni una gota de agua y los cultivos de garbanzas, lentejas y cereales difícilmente daban para llenar algunos pocos sacos. Sobre la isla se abatía el hambre y la única solución era abandonar todo y emigrar.

En este punto la torre de la iglesia dio las doce campanadas del Ángelus. Cosme se agachó y de su pequeña maleta sacó un breviario de tapas negras con incrustación de dos cruces doradas en las tapas y santiguándose rezó la oración a la Madre. "El Ángel del Señor anunció a María..." Los parroquianos le miraron entonces con interés no disimulado para comprobar si llevaba en la coronilla la tonsura pensando que bien podría ser un sacerdote.

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

La pequeña casa parroquial estaba en penumbra. Había caído la noche lentamente y los tres hombres que se encontraban en la habitación, dos curas y Cosme Aguiar, no habían encendido el quinqué de petróleo para alumbrar la estancia. Debatían algo importante para ellos y el tono de sus voces era pausado y sin estridencias. Los participantes en la charla eran los párrocos de la Antigua y de Betancuria a quienes Cosme había citado para darles nuevas, les dijo, de un encargo que traía del Obispado.

-Me appena trasladar a ustedes el proyecto de nuestro querido Obispo sin esperar al venerable cura de la iglesia del Rosario y al resto de los párrocos, dijo Cosme con voz suave y persuasiva, más me veo obligado a ello por el poco tiempo que puedo estar en la isla. Como sabrán, prosiguió, en Isla Grande se viven tiempos de inquietud por la situación de necesidad que viven nuestros hermanos en esta isla, ahora no tan venturosa, por la importante sequía que últimamente la asola. Por ello el señor Obispo me ha encargado decirles que es su deseo el trasladar hasta aquí por barco a la Excelsa Madre de Dios, patrona nuestra, la Santísima Virgen del Pino desde su santuario, para que, honrada por estos hijos de Herbania, sea llevada en rogativa por toda la isla en petición de la Gracia de su Hijo Bienamado para que nos mande la lluvia que necesita estas tierras.

-Está claro, querido hermano, cual es el deseo del señor Obispo. Estoy conforme con que es perfectamente pausable el hacerlo, pero permítame decir, que en mi opinión, no es oportuno en estos momentos lo que nos propone, se atrevió a decir el sorprendido cura de Betancuria .

-Coincido plenamente con el Padre Jesús. El señor Obispo sabe que nos tiene a su entera disposición más eso no quita el que

debamos tener en cuenta la idiosincrasia del pueblo, apostilló don Andrés párroco de la Antigua.

-Sí, claro. Nuestros feligreses no verían con buenos ojos el que su Señora, la Virgen del Rosario, -¿cómo lo diría?- fuese relegada a un segundo plano.

Cosme, que se había presentado como profesor del seminario diocesano, seguía con atención los razonamientos de los dos sacerdotes. A decir verdad ya contaba con las trabas que pondrían, pues su experiencia en andar entre curas no era pequeña y sabía de sus preocupaciones. Se levantó parsimonioso y se dirigió hacia el aparador en donde se encontraba el apagado quinqué, junto a un candelabro de dos brazos. Al encenderlo, mientras graduaba la llama y colocaba el cristal, su figura se proyectó inmensa cubriendo las paredes y el techo de la habitación. Los buenos curas creyeron ver una amonestación de lo Alto y el padre Jesús pensó si no estarían poniendo piedras en el camino del Señor.

-No entiendo además, querido profesor, la necesidad de traer hasta esta isla a la Patrona de la Diócesis. Su advocación es venerada aquí al igual que en Isla Grande pero habrá que sopesar los riesgos de un traslado por mar que pondría en peligro la sagrada imagen.

-Además del manto bordado en oro que sabemos es precioso. Al menos es lo que nos dijeron del que lució en las fiestas del pasado año, siguió el razonamiento de su compañero el padre Andrés.

-Y su trono, repujado en plata, ¿será bien recibido por esta pobre gente ya al borde de la miseria por la falta de lluvias? ¿No será

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

visto –perdóneme usted la blasfemia- como una señal de que Dios no reparte sus bienes de forma equitativa entre todos sus hijos?

Los dos venerables sacerdotes hablaban como si fueran un solo hombre en una especie de soliloquio, sin que el seglar –profesor en Teología y Retórica en el Seminario Diocesano, fueron sus palabras-, interviniera. Desde que éste formuló la propuesta del señor Obispo, que traía de cabeza a los pobres curas, había dejado que los párrocos se desahogaran. Bien sabía él que traer la Virgen del Pino a Herbania para hacer la rogativa era una apuesta demasiado arriesgada.

Era una decisión, les había dicho, que había nacido de la sola voluntad del señor Obispo. Creía posible el prelado el milagro, matizó. Vaticinaba días de abundantes lluvias por la intercesión de la Madre. Para ello estaba dispuesto a exponerla a los rigores del mar, por primera vez en la historia desde su aparición en el árbol sagrado.

Esperaba además que los fieles entendieran la necesidad y acompañaran a la Virgen en su viaje, y para ello se haría necesario el concurso de varios barcos lo que era un problema añadido porque las comunicaciones entre las islas eran escasas. El viejo correílo que hacía la ruta entre Isla Grande y Herbania tenía muy pocas plazas y se necesitarían numerosos viajes para transportar a tantos peregrinos que querrían acudir a la llamada del Pastor de almas.

Serían necesarias también comidas y bebidas para los peregrinos y lugares de alojamiento, y para ello, lamentaba decirles, - les dijo Cosme Aguiar a los asombrados curas- sería necesario todo el dinero que pudiesen conseguir de los fieles.



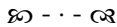
Como llamado por un conjuro al oír la palabra dinero llegó a la casa el titular de la parroquia de la Virgen del Rosario, acompañado por el camellero que lo había traído. Ambos hombres eran corpulentos y entrados en años. A Cosme la figura fornida del cura, imponente con su sotana negra y su bonete le impresionó. Mayor impresión le causó su voz fuerte y áspera, rotunda al dar las buenas noches desde el dintel de la puerta, y la maldición que lanzó en voz alta ante la penumbra de dentro de la casa echando pestes de la compañía de la luz que daba un servicio tan infame a los habitantes de la isla majorera. Fue junto al quinqué y encendió las velas del candelabro mirando entonces con atención al lechuguino que se encontraba junto a sus compañeros párrocos.

-Hola -le dijo- recibí de tu parte una invitación para venir y estoy ansioso por conocer las nuevas de Isla Grande. ¿Cómo está nuestro querido Obispo de salud? Espero que bien por la cuenta que nos trae. Habla, hombre, habla.

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

Cosme Aguiar tragó saliva y tras un leve carraspeo se propuso contestar a quien así le interpelaba. Se le adelantó el padre Jesús diciendo:

-Para ello habrá tiempo después de la cena. No sé ustedes, pero yo estoy hambriento.



A círculos cercanos al señor Obispo llegó la increíble noticia: Alguien, con habilidades de trapeceista y sin escrúpulos, había robado piezas únicas del tesoro de la Virgen en la Basílica de Nuestra Señora. Para ello había tenido que subir el ladrón hasta lo más alto de la techumbre y bajar ayudándose con sogas por una claraboya, para luego acceder al camarín de la Virgen. La consigna en el Obispado fue retrasar cuanto se pudiera el comunicar el hecho al señor Obispo y el mantenerlo fuera del conocimiento de la prensa y del público puesto que no deseaban alarmar a la población. Sin embargo, de boca en boca, fue trascendiendo la mala nueva entre los feligreses de la Villa y al poco recorrió llanos y montañas por toda Isla Grande y fue necesario el decirlo al prelado.

El Vicario llamó a Monseñor, párroco de la basílica, y éste acudió a dar explicaciones. Pocas, puesto que nada sabía. Había desaparecido joyas que tenían el valor incalculable de la fe y del amor filial de los donantes, dijo, no muchas, pero sí importantes. Monseñor estaba consternado y un nudo en la garganta le impedía hablar sin sonarse a cada momento, por la emoción contenida, mientras daba cuenta del daño causado por la mano aviesa de un malhechor guiado por el diablo.

Se incorporó a la reunión el inspector Robaina mandado por el poder civil para encarar la situación. No tardarían en encontrar al causante y con él se recuperarían las piezas robadas. Robaina era optimista pues larga era su trayectoria como policía y en su experiencia profesional se contaban casos resueltos mucho más difíciles que el que les ocupaba. Removería cielos y tierra. De hecho ya había dado órdenes para vigilar las salidas de la isla por puertos y aeropuerto y llegaría todo lo lejos que fuera necesario para alcanzar al maldito ladrón.

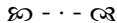
Al decirlo, Robaina dudaba de que las cosas fueran tan sencillas. Las joyas podían haber volado ya puesto que los curas con su oscurantismo de siempre habían tardado demasiado en comunicárselo. Era hombre con los pies en la tierra y se había traído la experiencia de sus años como sargento chusquero en artillería de montaña al pasar a la policía. Lo conocían bien en los barrios bajos en donde permitía pequeños hurtos y hacía la vista gorda con las casas de las niñas que, todo hay que decirlo, frecuentaba con asiduidad. A quienes detestaba, era a los maricones y a los meapilas. Si alguno de ellos caía en sus manos podía estar seguro de que saldría con recuerdos nada agradables de su paso por la comisaría. De misa y comunión diarias, de talante severo y poco comunicativo, se sentía demasiado hombre para aguantar cerca de él a los mariquitas amanerados y en este grupo incluía a quienes estaban siempre debajo de las sotanas.

Salió de la Casa Palacio cabreado, se quitó la corbata en busca del aire que le faltaba, y se encaminó a tomar unas cervezas a la churrería del mercado viejo. El olor a chocolate y churros mezclado con el del aceite caliente se le atravesó en la garganta y tomó la

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

cerveza que le sirvieron con avidez. El local estaba casi lleno a pesar de la hora y entre el murmullo de la gente se oían los gritos de los camareros dando las comandas: "Café y leche y churros para dos", "Dos chocolates y cinco de churros"... El piso estaba lleno de colillas y papeles usados como servilletas manchados de grasa que habían ido cayendo durante la mañana y Robaina se preguntó cómo podía haber tanta suciedad en un sitio tan pequeño.

A la segunda cerveza, con el olor y el humo del aceite quemado y de los cigarrillos, el inspector fue quedándose traspuesto y dejó para más tarde el iniciar las pesquisas. Tiempo había, se dijo, el ladrón no podía andar muy lejos.



Cosme Aguiar permanecía acostado boca arriba y mirando al techo de la habitación, sin verlo, hacía cuentas. Y las cuentas no le salían. Había calculado mal en Isla Grande cuando le vino la idea que le había traído a Herbania: tantas parroquias por tantas iglesias, por tantos días de colecta, igual, un buen pellizco a recaudar. Ni eran tantas las parroquias ni mucho menos las iglesias y además los curas se habían empeñado en hacer las colectas en muchos menos días de los que él había soñado. Total, el dinero a recaudar iba a ser una mierda. ¡Y para eso he tenido que malgastar mi tiempo dando explicaciones a esos mequetrefes! Se dijo, indignado.

Se levantó del jergón en el que llevaba varias horas viendo pasar el tiempo inútilmente y se sirvió en un vaso sucio un coñac malo de la botella que sacó de su maleta. Se miró en el roto espejo de la pared y se pasó la mano por la barbilla sin afeitarse sintiéndose sin ánimo para nada. Llevaba muchos días en la isla y su entusiasmo había

ido decayendo desde la primera reunión que tuvo con los curas. Recordó cuando llegó don Manuel, el párroco de Puerto de Cabras, con el camellero y el exabrupto que éste lanzó al enterarse de la pretendida traída de la Virgen desde Isla Grande.

-¡Carajo! ¿Por qué traer a la Virgen del Pino y no hacer la rogativa con una imagen de aquí a la que podemos pasear en procesión por toda la geografía reseca de la isla si hace falta?!

Tuvo desde un principio que a este cura y al arriero los iba a tener como fieros enemigos para sus propósitos. Así que cuando en otra reunión decidió contar lo de los terrenos, se puso a buen recaudo no fuera a recibir un buen mamporro. Se trataba, dijo, de conseguir que algunos terratenientes cedieran unas fanegas de terreno improductivo en la que construiría con el tiempo la Basílica para Nuestra Señora. Y aclaró que como el señor Obispo aún no estaba al tanto del proyecto, la titularidad de la propiedad debería pasar a su nombre: a nombre de don Cosme de Aguiar y Aguiar.

No llegó el puñetazo del camellero a la cara del precavido Cosme pero sí dio con todo el estruendo de un terremoto sobre la mesa del comedor en la que cubiertos y platos saltaron por los aires. Los curas de Antigua y Betancuria se santiguaron boquiabiertos y a don Manuel los ojos fueron a saltárseles de las órbitas. ¿Solares a cambio de bendiciones? ¿Una basílica en una tierra casi deshabitada y con la gente marchándose en busca de mejores horizontes?

Mucho tuvo que luchar Cosme para llegar al punto en que estaban. Mil argucias aprendidas en años de engañar a las gentes y en

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

otros tantos de estar en las sacristías le daba un poder sobre los crédulos padres de la iglesia que supo aprovechar.

Haciendo un esfuerzo de voluntad se aseó Cosme y luego de afeitado vio en el espejo roto su cara pálida llena ya de determinación. Su corbata gris marengo sobre la camisa blanca lucía como la de un ejecutivo y su pelo negro domeñado con el fijador y sus zapatos bien abetunados daban a su persona presencia de predicador.

Así acicalado encaminó sus pasos hacia el cafetín del puerto. Se sentó en la que ya era su mesa habitual y recorrió como fascinado la miriada de moscas que revoloteaban dentro del local en aquellas horas calurosas de la mañana. Por el cristal sucio de la ventana miró hacia el muelle para entretenerse viendo a los pasajeros que llegaban en el barco de Isla Grande.

Los vio bajar sudorosos por la escalerilla y perderse muelle arriba. Sólo uno de ellos llamó su atención. Gordo, moreno, con aspecto desaliñado y un caminar torpe, que al bajar se quedó mirando como desorientado buscando un punto de apoyo en la tierra. Traía una pequeña maleta que daba a entender que estaría poco tiempo en la isla; parecía buscar a alguien y al no encontrarlo encaminó sus pasos lentamente hacia el cafetín. Cosme, al verlo venir, creyó conocerlo de algo.

☪ - - - ☪

En Isla Grande crecía la preocupación. Al sacrilegio y profanación de la Basílica por parte del ladrón de joyas se unía las noticias inquietantes que llegaban de Herbania. El hecho de que alguien, haciéndose pasar por emisario del Obispado, estuviese dando

por hecho que la sagrada imagen de la patrona iba a ser trasladada fuera de la isla produjo sorpresa e incredulidad.

En la Villa Mariana la noticia produjo un silencio angustioso. Nadie quería hablar abiertamente del tema, pero en los corrillos, a baja voz, no se hablaba de otra cosa. Faltaba poco para que la amada Madre bajara a la Capital y todos se preguntaban si la ocasión sería aprovechada por quienes querían sacarla de la isla. Los miembros de la comisión encargada de la bajada, con Monseñor al frente, veían negros nubarrones en lontananza. Algo tendrían que hacer, y pronto, para salvaguardar su máspreciado bien.

-¡De la Villa no saldrá! ¡Cerreemos la Basílica con siete llaves y que nadie pueda acercarse a nuestra patrona!- gritaban unos.

-¡No nos dejemos engañar! ¡Somos maúros, pero no tontos!- Decían otros.

Había quienes proponían tomar el pueblo cerrando todas sus entradas para impedir que ni la policía ni el ejército entraran.

-¡Correrá la sangre como corre el barranco de la Virgen en las grandes tormentas! Anunciaban los más aguerridos.

Monseñor pedía calma. Bajaría a la capital y hablaría personalmente con el señor Obispo para aclarar la veracidad de la noticia. ¿Quién estaba detrás de ella? ¿A qué mente calenturienta se debía tal desatino?

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

Cosme Aguiar permanecía ajeno a estas preocupaciones pueblerinas. Tenía ahora otras cosas que le tenían alerta y en guardia. Había reconocido en el gordo pasajero del barco que había entrado en el bar a aquel policía que le detuvo una vez, y al verlo de cerca recordó vivamente, como si acabara de recibirla, la patada que tal bruto le había pegado en los testículos para reducirlo.

Trató de salir del cafetín sin hacer ruido pero viendo que la cosa no iba con él, al menos de momento, quedó quieto en espera de acontecimientos. En la calle, el viento comenzó a soplar con fuerza haciendo que la cortina de abalorios revoloteara causando que las moscas salieran de su letargo.

Después de saborear su primera cerveza, Anselmo Robaina giró su corpachón y paseó su mirada por los escasos clientes del barucho. Por unos segundos clavó sus penetrantes ojos en el rostro de Cosme Aguiar y su olfato de cazador de hombres le trajo a la mente la imagen de una presa segura. Una intuición le había traído hasta esta isla que tenía, había oído decir, como únicos encantos, las piedras y la arena. ¿Qué mejor sitio podía elegir un avezado ladrón para esconderse de la Justicia que en estos parajes desérticos y ventosos?

Estaban ambos hombres mirándose de soslayo cuando aparecieron los curas y el camellero. Entraron como elefantes en una cacharrería buscando a Cosme. –“¡Loado sea Dios! Hemos encontrado el solar que necesitamos para la construcción de la Basílica”- le dijo a voz en grito don Manuel mientras sus compañeros asentían. –“Es grande, muy grande, y está situado en el mejor lugar de la isla”- prosiguió sacando un mapa del bolsillo de la sotana y señalando un punto que no llegaba a concretar dada su excitación.

Cosme quiso esconderse bajo tierra. Robaina miraba asombrado a uno y a otros mostrando su cara sorpresa mayúscula. ¿Qué pretendían estos tunantes? ¿Cuál era el juego al que no había sido invitado?

Después del grito estentóreo de don Manuel, los curas juntaron las sillas y las cabezas como queriendo que nadie se enterara de lo que iban a hablar. Las sotanas parecían envolver a Cosme que quedó fuera de la vista del inspector de policía. Cuchicheaban y asentían. Tras un rato se levantaron y salieron del cafetín como si el diablo les estuviese persiguiendo. El fuerte viento jugaba con las sotanas y don Manuel a punto estuvo de perder el bonete.

Salió Cosme tras ellos y salió Robaina, con su maleta, detrás de Cosme. Todos se dirigieron a la reata de camellos que esperaban arrodillados y pacientes rumiando sin cesar con sus grandes mandíbulas entreabiertas.



NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

Les ayudó a acomodarse el camellero. Los curas y Cosme en los primeros camellos y Robaina atrás, queriendo pasar desapercibido.

Pronto supo el policía que habían tomado el camino hacia las grandes playas que se extendían como un pequeño desierto en el sur de la isla. Temió no poder aguantar tanto tiempo con el bamboleo de los animales que le hacía recordar el viaje en barco que había hecho en la mañana. Se sentía mareado y no era capaz de discernir si estaba haciendo bien dejándose llevar por su instinto. Éste le decía que algo escondían aquellos truhanes.

El viento hacía más cansino el paso de los camellos y mientras seguían avanzando por una suerte de carretera polvorienta el inspector miraba con curiosidad las montañas de escasa altura que iban dejando atrás. Le llamó la atención el cambio de color que tomaba la tierra pues no había una ladera igual a las otras. Colores ocres, mezcla de azules, amarillentos, con algunas pintas de vegetación, casi inexistente a simple vista, que daba de comer a rebaños de cabras que pastaban moviéndose lentamente.

El sol estaba en lo más alto y el dolor en la cintura y en el trasero del policía se iba haciendo insoportable. Llevaban mucho rato de marcha y ya necesitaba vaciar la vejiga por lo que su abultada barriga parecía a punto de reventar. Paraban a veces junto a casas que parecían fundirse en el paisaje y en ellas entraba la mujer o el hombre que descabalgaba de la reata de camellos. A los ojos de Robaina todo era seco y triste y le hacía recordar los secarrales del sur de su Isla Grande.

La carretera parece difuminarse. A lo lejos se funde con el aire en una nube de arena que trata de llegar al cielo. Vaharadas de fuego

ascienden sobre el jable enturbiando los contornos y el furor del viento levanta olas gigantescas en el mar cercano. Ruge la fiera y su sonido tapa al silencio de los hombres que maldicen para sus adentros. Suda Cosme sobrecogido por el miedo que siente en su cuerpo y sudan los curas arrebuados en sus sotanas mientras rezan plegarias que no se entienden. Robaina siente en su propia carne como el jable se clava como alfileres. Los camellos dan muestras de cansancio y siguen adelante impulsados por fuerzas desconocidas.

La arena no acierta a tapar del todo los rayos del sol que lucen como lámparas incandescentes en los extremos del remolino. El calor asfixiante impide a hombres y animales respirar con normalidad. El camellero, apiadándose de unos y de otros, manda a los camellos a echarse junto a las dunas y, al amparo de éstas, los hombres se acurrucan.

Cae la tarde y el vendaval va a más aguando la esperanza que sustenta a los corazones de los viajeros. Poco a poco el jable va cayendo sobre ellos. Cosme tiene los ojos cerrados y recuerda con amargura su idea que ahora le parece trasnochada. Siente como sus pies va quedando hundidos en la arena que se arremolina junto a su camello. No hace nada para librarlas del mortal abrazo pues su mente y su cuerpo están adormecidos.

En la noche, momentos de tregua parecen querer apaciguar al temporal. Robaina no ve nada a su alrededor salvo las negras sombras y no consigue oír el runrún del rezo del Santo Rosario y de las letanías que los curas van desgranando: Estrella de la mañana, | Salud de los enfermos | Refugio de los pecadores... ruega por nosotros, ruega por nosotros, ruega por nosotros...

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

El jable que sigue acuchillando como alfileres continúa amontonándose alrededor de ellos. El camellero trata de levantar a los animales pero éstos no obedecen a sus órdenes. Se desgaña el hombre y el estruendo del viento que silva impetuoso se lleva sus palabras. Los curas desgranán jaculatorias y bajan a todos los santos del cielo pidiendo ayuda divina. Piensan que están pagando por sus pecados de soberbia al querer para la isla inhóspita un santuario tan grande como el más grande que el mundo haya visto. Robaina hace cuentas de su gestión y lamenta no tener noticias de las joyas de la Virgen. Cosme duerme intranquilo contando en sueños, como si fuera calderilla, cada grano de arena.

Al rayar el alba el silencio es ensordecedor. Se ha calmado el viento y una ligera brisa lleva el salitre hasta el camellero que despierta de su profundo sueño. Mira con ojos legañosos y acierta a ver las dunas de arena y el mar. Su cara curtida por cientos de tempestades muestra sorpresa al recordar donde se encuentra. Ve la carretera sepultada por el jable y a las gaviotas que juegan a pescar con sus juegos acrobáticos. De los camellos y de los hombres no ve resto alguno. Se santigua supersticioso, con resignación cristiana, y emprende el camino de vuelta a Puerto de Cabras con paso cansino mascullando palabras sin sentido.



Dicen quienes la han visto que la isla de San Borondón está muy cerca de nosotros en algún lugar del extenso Atlántico. Dicen, que en ella seguramente habitan los trasgos y los duendes de latitudes superiores a la nuestra y que a lo mejor las brujas de nuestros campos se cobijan entre sus brumas.

Estas cosas no las sabía 'Pancho' y por ello no pudo inspirarme ningún relato que tuviera asiento en la isla misteriosa de nuestro archipiélago. No obstante, yo veo en ocasiones a mi fiel perro con sus ojos semicerrados, cuando duerme la siesta, y entonces no me cabe la menor duda de que un día, más bien temprano que tarde, sacará de sus sueños historias de su mundo encantado.

Cuando, con susurros de ladridos me las cuente, trataré de darles forma. Y entonces los seres encantados de San Borondón nos dejarán saber de sus alegrías y de sus penas, que uniremos, quizá, a la de los personajes de estos ensueños de 'personas' verdaderas.

